

Hugo Bouter

Aquí hay un lugar junto a Mí

Subtítel

“Y el SEÑOR dijo: Aquí hay un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la roca. Y será que, mientras pasa mi gloria, te pondré en la hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano mientras paso. Entonces quitaré Mi mano, y veréis Mi espalda; pero Mi rostro no será visto”.

Éxodo 33:21-23

¿No hay sitio?

No había sitio en la posada para José y María cuando nació el Salvador (Lc 2,7). Vivimos en una época en la que las personas también parecen tener cada vez menos espacio para los demás: los niños a menudo no encuentran sitio en nuestro mundo superpoblado, los jóvenes tienen dificultades para encontrar su lugar dentro de sus familias y en el sistema social, y para un número cada vez mayor de ancianos tampoco es fácil conseguir ser aceptados en la sociedad.

Aunque no debería ser así, los creyentes experimentamos las consecuencias negativas de esta evolución. Y es necesario que nos preguntemos si realmente estamos reservando tiempo y espacio en nuestras vidas para nuestros compañeros creyentes, si nos estamos aceptando unos a otros como también Cristo nos recibió para gloria de Dios (Ro 15:7). En cualquier caso, es una gran seguridad saber que Dios siempre tiene un lugar para nosotros, un lugar de completa seguridad y protección. En Su presencia hay un lugar de descanso, de refugio contra los peligros, un lugar donde estamos a salvo: «Mi Presencia irá contigo, y yo te daré descanso» (Ex 33:14).

En nuestra condición natural, no conocemos este lugar en la presencia de Dios, porque le hemos dado la espalda y nos hemos extraviado. Nuestros ojos oscurecidos deben ser abiertos. Debemos aprender a conocer este lugar de seguridad, y eso solo es posible por la fe. Entonces Dios dijo a Moisés: «Aquí hay un lugar junto a Mí, y te pararás sobre la roca». Para poder ver este lugar, los ojos de nuestro corazón deben ser iluminados (Ef. 1:18; 4:18). La luz de Dios, la luz del Evangelio, debe brillar en nosotros para que podamos comprender lo que Dios ha hecho por los pecadores a la hora de salvarlos y llevarlos a Su presencia.

Un lugar sobre la Roca

Es maravilloso que Dios mismo haya preparado un lugar seguro para los hijos de los hombres, que no eran dignos de Él. Éramos por naturaleza hijos de ira y debíamos ser apartados para siempre de la santa presencia de Dios. Sin embargo, Él nos preparó un lugar a su lado. ¿Cómo pudo conseguirlo? Porque puso un fundamento justo sobre el que las personas podían existir ante Él. Lo ha logrado en y a través de Cristo, y esto es lo que vemos en figura en el resto de este versículo, en el libro de Éxodo. Así como a Moisés se le dio un lugar en la Roca, nuestros pies están asentados en «la Roca de los siglos», que no teme vacilaciones ni caídas.

Solo Cristo es la Roca sobre la que los hijos del polvo ganan terreno firme. Él es el fundamento sobre el que la fe puede edificar, la base sobre la que somos edificados personalmente, y también juntos como la Iglesia del Dios viviente. Cuando acudimos a Él con fe, participamos de la vida que Él ofrece como Piedra viva, y como piedras vivas somos edificados una casa espiritual, un sacerdocio santo (véase Mt 7:24; 16:16-18; 21:42; Jn 1:43; 5:21; Ef 2:20-22; 1P 2:4-6).

Solo en la roca había un lugar seguro para Moisés, de modo que no fuera consumido por la gloria divina. En Deuteronomio 32, Moisés habla repetidamente de Dios como la Roca de su pueblo (vv 4, 15, 18, 30, 31). Es la Roca de su salvación, el Dios que los engendró. Esta imagen se encuentra también en los salmos. David se refugió en Dios como su roca (Sal 18,2), su fortaleza y su libertador. Con Él encontró un lugar de refugio en el día del mal: «Me esconderá en lo secreto de su tabernáculo, me pondrá en lo alto de una roca» (Sal 27:5).

Este lugar sobre la roca se menciona también en el Salmo 31:3; 40:2 y 61:2; y está claro que David alude entonces a Dios como la Roca en la que podía encontrar plena seguridad. Este es también el lugar del creyente en el Nuevo Testamento, quien descansa en Dios por medio de Cristo. Todo se basa en la obra cristiana, y Él es también la Roca en la que se edifica actualmente la Iglesia.

Un lugar en la hendidura de la Roca

A Moisés no solo se le dio un lugar sobre la Roca, sino incluso en la Roca. Dios le dijo: «Así será, mientras pasa Mi gloria, que te pondré en la hendidura de la roca, y te cubriré con Mi mano mientras paso» (Ex 33:22). Dios puso a Moisés en la hendidura de la roca y lo cubrió con Su propia mano.

Esto es un reflejo de la posición que el creyente ha recibido en Cristo. Dios nos da esta nueva posición (1Co 1:30-31; 2Co 1:21-22). Él ya no nos ve en el primer Adán, sino en Cristo. De la misma manera que Moisés fue colocado en la roca, así somos vistos en Cristo, unidos con Él y llevados a un lugar de completa seguridad ante Dios, donde somos cubiertos con Su propia mano. Esta es la obra divina («Te pondré en la hendidura de la peña»). Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús (Ef 2:10). Estos son los diseños de Su gracia, que Él cumple en Cristo.

Permitaseme señalar de paso que la hendidura de la roca no solo ofrecía un lugar de protección, sino que también proporcionó agua al pueblo de Israel durante su travesía por el desierto (Ex 17:6; Nm. 20:7-11). Los israelitas bebieron de esa «Roca espiritual que los seguía, y esa Roca era Cristo» (1Co 10:4). Un río de agua fluía de la roca para saciar continuamente la sed del pueblo de Dios. Del mismo modo, Cristo provee a Su pueblo de corrientes de agua viva a través del Espíritu que ha derramado sobre nosotros. Cristo es la Roca a la que debemos acudir para saciar nuestra sed. Él también es la Roca herida, la hendidura donde podemos escondernos en Él. En virtud de Sus sufrimientos y muerte, ha abierto para nosotros una fuente inagotable de refrigerio (Jn 4:10-14; 7:37-39; 1Co 12:13).

Un lugar en la presencia de Dios

Así que la gran lección de Éxodo 33:21 es que se puede encontrar un lugar seguro con Dios. Y hay que encontrarlo sobre la base establecida por Dios mismo en y a través de Cristo. La palabra hebrea utilizada aquí para “lugar” aparece con bastante frecuencia en el Antiguo Testamento. En Deuteronomio, entre otras cosas, la encontramos para el único lugar de reunión que Israel encontraría en la Tierra Prometida. En este lugar que el Señor elegiría, el pueblo podría acercarse a Él y regocijarse en Su presencia.

Del mismo modo, Dios nos ofrece hoy un lugar en Su presencia, donde nos reunimos para honrarle. Dios lo ha preparado, pues es Su deseo que Sus hijos se reúnan en torno a Su amado Hijo. Cristo es el Centro que Dios ha dado para la adoración. Por Él podemos acercarnos a Dios, para así adorar al Padre en espíritu y

en verdad (Jn 4:23). Esa es la base que Dios ha dado; solo así podemos servirle según Su voluntad. Como si dijera: «Venid al Señor Jesús, acercaos a Mí».

También en el futuro, Dios nos ha preparado un lugar junto a Él. Como hijos de Dios, tenemos la gozosa esperanza de que nos dará un lugar en Su gloria celestial, la gloria de Dios (Ro 5:2; 1Ts 2:12). Hace mucho tiempo que Él pensó en nosotros en Cristo, incluso antes de la fundación del mundo, para presentarnos ante Él como sus hijos amados (Ef 1:4-6). Cristo adquirió ese lugar para nosotros en virtud de Su obra, y por la fe podemos regocijarnos en Él ahora. Es nuestra Cabeza celestial y nuestro Representante en la gloria. Hemos sido llevados a la presencia de Dios por medio de Él, situados en los lugares celestiales. Esta es nuestra posición actual en Cristo.

A la vuelta de Cristo esto se hará plenamente realidad, y la fe se convertirá en visión. En este sentido, podemos pensar en el lugar del que habló el Señor Jesús en Juan 14:1-3. Él ha ido a prepararnos un sitio en la casa de Su Padre, con sus muchas moradas. Ha terminado la obra de la redención y ha vuelto al Padre. Nos ha abierto la puerta y ha preparado un lugar para todos aquellos que están unidos con el Hombre celestial. Él va a volver y nos llevará consigo, para que estemos donde Él está. «Aquí hay un lugar junto a Mí...», ¡qué trascendentales son estas palabras! Hablan de la posición que ahora ocupamos en Cristo delante de Dios, un lugar de completa seguridad y protección. También dan testimonio del lugar donde podemos acercarnos a Él, el lugar de adoración que Dios designa para nosotros. Por último, aluden a la esperanza celestial que se nos ofrece: un lugar preparado de descanso eterno con Él.
